

JULIÁN FIGUIRRE

---

# Prima verba

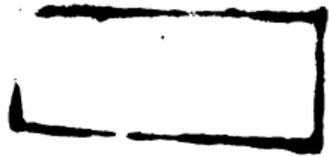


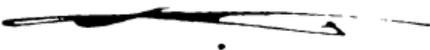
BUENOS AIRES

COMPAÑÍA SUD-AMERICANA DE BILLETES DE BANCO

1900

GU 113-9-41





Prima verba



BUENOS AIRES  
COMPAÑIA SUD-AMERICANA DE BILLETES DE BANCO

1900



# A tí

## I

Todo es en ti perfecto: la escultura  
de tu cuerpo gentil; de tu mirada  
el suave centelleo; y de tu amada  
voz cristalina, la jovial ternura.

Tu nombre, que, en cendal de nieve pura  
envuelve tu belleza inmaculada;  
y tu alma, que, á los ojos asomada,  
refleja en tu semblante su hermosura.

Siempre junto á mi estás, y siento al verte  
tan intenso placer, que morir creo.  
Dulce muerte, que me hace amar la vida.

Lástima que al amarte, de esta suerte,  
por sólo la extensión de su deseo,  
la ventura en mi pecho no se mida.

## II

Mis pobres estrofas  
con alas de nieve.  
palomas errantes que vagan perdidas,  
su vuelo á ti tienden.

¿No oyes de sus alas  
el susurro tenue?  
No es el abanico de nácar y encaje  
que tu mano mueve.

Ni de tu vestido  
la seda crujiente  
que roza su trama, irisada y fúlgida,  
con tu cuerpo breve.

Tus ojos de diosa  
hacia el cielo vuelve.  
y en el azul diáfano verás mis estrofas  
veloces perderse.

¡Ah! de mi amor tímido,  
emblema inocente,  
mis pobres estrofas, al sentirse vistas,  
vuelan á esconderse.

III

Lejos, lejos está. ¿Ves aquel monte  
que el sol, aun ocultándose, acaricia,  
envolviendo en un velo de oro rojo  
la nieve pura, en la elevada cima?  
Recta sobre su tallo, allí se yergue  
la dulce flor de la esperanza mía.

Blanca como la túnica de un ángel,  
extiende su corola; y si la brisa,  
perfumado incensario, de sus pétalos  
desordena la augusta simetría,  
parece que solloza sin consuelo  
la dulce flor de la esperanza mía.

Las violetas se agrupan á su lado,  
embalsamando el aire que respira,  
y en la callada noche, las estrellas  
su palio extienden á la flor divina.  
¡Es tan graciosa, tan gentil, tan pura,  
la dulce flor de la esperanza mía!

Lejos de ella, princesa melancólica  
de la agreste montaña, ni la vida  
amable me parece, y mi alma invade  
sorda desolación, pena infinita.  
¿Quién, que te vió una vez, podrá olvidarte,  
¡oh! dulce flor de la esperanza mía?

Verte, verte no más, y todo el orbe  
se puebla de celestes melodías  
para este pobre corazón, que sufre,  
del no verte, las ansias infinitas.  
¿Cómo vivir pudiera yo sin verte.  
¡oh! dulce flor de la esperanza mía?

Pasan los juegos, los placeres pasan,  
pasa la juventud, corre la vida  
como una antorcha que azotase el viento,  
arrasando las almas con sus chispas...

En el vasto silencio del pasado  
y en el amanecer, radiante enigma  
no existe, sino tú, que amar yo pueda,  
¡oh, dulce flor de la esperanza mía!



IV

Lejos de tí, mi alma atribulada  
 en tu recuerdo agota su dolor:  
 tus ojos veo, tus palabras oigo,  
 y engañado por mágica ilusión,  
 el tiempo olvido, y al mañana odioso  
 digo no vengas, no.

Acompasada siga de las horas  
 la lenta procesión.  
 yo detengo mi vida en la hora última  
 en que te dije adiós,  
 y que grabó con indelebles rasgos  
 tu dulce nombre aquí, en mi corazón.



## V

## El Sol de Mayo

A tu vívida lumbre, sol de Mayo,  
nació el himno marcial.  
Un girón de ese cielo azul y blanco  
es la enseña triunfal.

En el espacio inmenso de ese cielo,  
en ese azul sin fin,  
escribió «Libertad» con áureas letras  
nuestro gran San Martín.

¡Sí! los altivos centenarios cóndores  
recuerdan con amor  
que las nevadas cumbres de los Andes  
pasó el libertador.

Y cuentan que al oír de aquellos héroes  
el raudó galopar,  
se inclinaban temblando las estrellas  
para verlos pasar.

Las graníticas moles que contemplan  
los abismos al pie,  
anfiteatro de dioses colosales  
de una olvidada fe.

Son al juntar la nieve de sus cimas  
en la etérea región,  
imagen pura del celeste y blanco  
de nuestro pabellón.

¡Oh, Sol! alma de América, fecundo  
germen del patrio amor,  
símbolo de la fuerza omnipotente  
de un numen creador.

La tela que en sus pliegues te acaricia,  
nunca retrocedió.  
y siempre la victoria refulgente  
tu luz iluminó.

Hijo del sol el inca se llamaba,  
prosternado ante ti:  
hijos del sol los argentinos somos.  
¡Tú amas mi patria, sí!

Antes de que purpúreas las nubes  
te acompañen al mar,  
la bandera de Mayo, con tus rayos  
vienes sobre las torres á besar.

Y así como el heraldó, del consejo  
en el ducal salón,  
anunciaba del mar y de Venecia  
la simbólica unión.

Diciendo: «Noble Dux, el Bucentauro  
espera en el canal,  
ven á echar en las ondas del Adriático  
el anillo nupcial.»

Así cuando la aurora el sol de Mayo  
tiñe en suave arrebol,  
un heraldo en nuestra alma nos anuncia  
las nupcias de la patria con el sol.



## VI

De los vates que en versos armoniosos  
exhalan su dolor,  
¡oh! Virgen inocente,  
no tengas compasión.  
En el áureo tejido de la estrofa,  
las lágrimas no son  
sino perlas poéticas,  
adorno seductor,  
con que el hábil artifice recama  
su preciosa labor.  
Encerrado en la jaula de la rima  
languidece el cantor:  
aunque de plata sean, entre rejas  
no canta el ruiseñor.  
Por el revés se tejen los tapices;  
en el soberbio *hall*  
sólo el cuadro verás; la burda trama  
se oculta en lo interior.  
Con palabras que esmalten los conceptos  
tejerán en tu honor  
guirnaldas de adjetivos,  
que tendrán en su vívido color,  
de variopintas flores, los matices,  
pero el perfume no.  
Verás en su poético catálogo  
el suave resplandor  
de tus divinos ojos, que Minerva  
infeliz no igualó;  
Doradas crenchas, que al caer graciosas,  
irisa el alma sol.

transformadas en nimbo luminoso  
de celestial visión;  
Mejillas que enrojece la imprevista  
púrpura del rubor,  
semejantes á pétalos de rosa  
en el suave arrebol:  
Artísticas mentiras, artificios  
de la imaginación:  
que la ternura es muda,  
calla y mira  
como te miro yo.



## VII

## Campestres

En el firmamento brillan  
innúmeras las estrellas:  
los cardos, el viento suave,  
con sus caricias, orea.  
Una luz vese á lo lejos  
como perdida luciérnaga.  
Del rancho es de donde viene  
esa voz que mi alma apena,  
donde una guitarra llora,  
oyendo al cantor su queja:  
•Bien hizo en llamarte triste  
el que primero te oyera,  
que al que oye un triste argentino,  
triste el alma se le queda. •



## VIII

## I

De múltiples ruidos el concierto  
trae en las ondas de su manto el alba,  
y el sol, apareciendo en el Oriente,  
las cenicientas nubes colorea.  
Del tero-tero el estridente grito  
hiende los aires, la torcaz paloma  
deja el caliente nido, y la enramada  
alegra con su arrullo apasionado;  
altivo el gallo, las agudas notas  
de su clarín de guerra, lanza al día.  
En la tostada, amarillenta yerba,  
rápida la perdiz camina y silba,  
enhiesta la cabeza y leve el paso;  
y cual girón de blanquecina nube,  
se mece en las alturas la gaviota,  
dando al viento las alas extendidas.

## II

En estrecho recinto amontonados  
mugén, girando en el huir continuo,  
toros, vacas, novillos y terneros.  
Tímidos éstos, á las madres buscan.

en la revuelta confusión perdidos.  
y acentos lastimeros, casi humanos.  
hallan en su dolor: la ola viviente  
su curso sigue, y las agudas puntas  
de duro cuerno. por el sol heridas.  
lanzas parecen de invisible ejército  
que clavara sus armas en la tierra.  
Batahola infernal. discordes ruidos  
óyense por doquier: huir consigue  
de la hirviente marea, que lo ahoga.  
un fogoso animal: ávido salta  
al prado, en el que libre ya se mira.  
cuando veloz, como si al fiero potro  
y al audaz caballero. en la carrera.  
un rápido huracán arrebatara.  
persíguele un jinete: á poco trecho  
colócasele al lado. y el caballo.  
esquivando las astas. el luciente  
lomo de la briosa res empuja:  
entre nubes de polvo. otro jinete  
aparece después. y al lado opuesto  
del primero se pone y empareja.  
llevando en medio al infelice bruto.  
que muge. escarba. se detiene. y mira.  
llenos de luz los asombrados ojos.  
dos movibles barreras que le oprimen  
y al temido señuelo le encaminan.



## IX

## Brindis

## DESPEDIDA

*A José María Drago.*

En el umbral donde el amor te espera.  
Nuncio feliz de la futura gloria,  
Te decimos adiós, risueño el gesto.  
Gozoso el ademán, altas las copas.  
Los que contigo compartir supimos  
Pena y placer en juveniles horas.



Mañana, y el mañana de tu vida.  
Con enérgico rasgo el ayer borra.  
Feliz, dichoso, como á quien un libro  
Reserva el porvenir, de blancas hojas.  
El templo cruzarás, llevando al lado  
A esa niña, que envidia de las rosas

Sería si tuvieran en sus pétalos  
Alma las flores; la sonante bóveda  
El triunfal himno esparcirá en acordes,  
Que poblarán las incensadas ondas  
Del tibio ambiente, y llegará á tu oído  
El creciente rumor de la afanosa  
Multitud, que admirada deja paso  
Al casto velo y la nupcial corona,  
Que ella riegue de azahares tu camino,  
Y la fortuna, esa voluble diosa,  
Cante para vosotros, con voz dulce,  
Su egregio madrigal de áureas estrofas.

8 de Abril de 1896.



## X

## Súplica

Ríete. que tus ojos. al reírte.  
brillantes esmeraldas me parecen.  
en las que el sol quebrara en mil reflejos  
los áureos rayos. en los prismas verdes.  
Ríete. que tu boca. húmedo fruto  
que mis locos deseos apetecen.  
más bella es entreabierta. rojo estuche  
de las menudas perlas de tus dientes.  
Ríete. reina mía: tu semblante  
risueño. mis sentidos enardece.  
Venus que palpitara. mayor fuego  
no encendiera en las venas de los seres.  
que tú cuando sonríes: como el rayo.  
de las oscuras nubes. en las mieses  
del asoleado trigo. cae. y deja.  
del incendio voraz. vívido germen.  
así. al verte reír. en mí se enroscas.  
de tu sonrisa. la plateada sierpe.  
y en torbellino asolador. el fuego  
del entusiasmo en mis entrañas prende.  
El ritmo de tu andar. música muda.  
cadencia alada. vínculo celeste  
que al tuyo todo espíritu encadena.

sonrisa es de tu cuerpo, que al moverse,  
de perfumadas ondas puebla el aire,  
como el murrino vaso que trasciende  
la dulce esencia que en su seno guarda.  
En torno tuyo, trémulas parecen  
agitarse las flores, cual si un soplo  
de mi amoroso afán las encendiese;  
y como á Salambó en la tibia noche,  
las estrellas se inclinan para verte.  
Si bella eres así, cuando sonries  
más bella eres aún, que si la nieve  
de tus mejillas pálidas, la gracia  
con sus rosadas tintas enrojece,  
y en apiñado enjambre los hoyuelos  
de tu rostro gentil, cual coro alegre  
de silfos microscópicos, tu boca  
con rítmico desorden estremece,  
de aquel que te contempla, en ondas sube,  
del suave amor, la voluptuosa fiebre.  
De báquicas orgías otros gocen,  
con glorias militares otros sueñen;  
ni la púrpura envidio, ni del genio  
la frente coronada de laureles.  
De tu radiante y juvenil figura  
la seductora gracia yo contemplo:  
las blancas manos abandona, mientras  
que tu dorada cabellera un tenue  
nimbo en redor de tu cabeza esparece,  
y escuchando mi súplica ferviente,  
sonríete, mi vida, y en mis ojos  
himnos de amor leerán tus ojos verdes.



## XI

## A Indalecio

## CARTA

La firme voluntad tu ruego escucha  
y tercetos me manda que te escriba.  
Ya me dispongo á la incruenta lucha.

¿En qué la ciencia del poeta estriba,  
si no en querer? Al «¡Lázaro, levanta!»  
de la intención: ya está la musa arriba.

Malhumorada, sí, que ya me espanta  
su ademán desgarbado y soñoliento,  
como de quien de noche se levanta.

Duerme tanto la pobre, que no miento  
si aseguro que duerme desde el día  
en el que la conduje al parlamento.

Y oyendo á un orador, que mentiría  
 si uno solo nombrase, pues hay tantos  
 que hacen dormir, hablar de economía.

De cédulas, de bonos, de quebrantos,  
 de ingleses y de barcos contruidos,  
 y discutir de atrasos y adelantos.

Quedóse con los párpados caídos,  
 y ya no los levanta, aunque yo atruene  
 la vecindad con versos mal medidos.

No importa, desde el Ande hasta el Pirene  
 se tiene por insigne tontería  
 el beber de las aguas de Hipocrene.

Y á cualquier cosa llaman poesía,  
 Dícteme lo que quiera, yo fundirlo  
 sabré con la confusa algarabía

Que los del día parlan, y algún mirlo  
 Helios me llamará, tal vez Sirínga,  
 que es mote de maestro, aunque escribirlo

Expone á un consonante de jeringa:  
 y en gala-culti-parla no se emplea  
 palabra que no sea un poco gringa.

El criollo que hablando macanea,  
 mulato catedrático en otrora,  
 no escribe en castellano: «Verlenea».

Imitando al «*Liróforo*» que llora  
 los «*sonrosados valeses que los osos*  
*bailan en torno á la espectral aurora*»,

«*Estrechando en sus brazos pudorosos*  
*hierosolimitano erectil Lirio*»,  
 la princesita de los cuentos so-sos.

Otros que valen más, por el delirio  
 de la notoriedad alcateados,  
 escriben un idioma que del sirio.

El ruso y el vascuence, bien mezclados,  
 debe de resultar: Dios los bendiga,  
 y perdoné clemente sus pecados.

Los hay griegos también; no se me diga  
 que cito á los «*sinsontes*» poliglotas  
 y de los griegos se me da una higa.

Mas, ¿puede un chirimoyo dar bellotas?  
 Vano será que quieran transformarse  
 en dorados coturnos rudas botas,

Que aunque pueda el acento disfrazarse,  
 á través del jitón el poncho asoma,  
 sí se le ocurre al vate el agacharse.

Frisos, relieves, zócalos, ¡qué broma!  
 Imágenes de libros traducidos  
 que admirará la muchedumbre roma:

Cartón que imita al mármol. Embutidos  
mitológicos, sí, pero indigestos  
por la igaorancia y la estultez manidos.

Y los que desentierran viejos textos  
con ayuda del nuevo diccionario,  
y al ver un galicismo hacen mil gestos.

Vestales encargadas del santuario  
donde arde el académico *mechero*  
(que un decadente llama Lampadario).

También son insufribles; mas no quiero  
de aquestos murmurar más de lo justo:  
no sea que algún bravo caballero

De la mesnada se separe adusto,  
y empuñando la adarga, me amenace  
con darme un académico disgusto.

Como ves, muchos son; pero aquí yace,  
exangüe y sin vigor la poesía.  
Se quejan de que al arte lo amordace

El lucro vil, la estéril apatía  
del que no lee, no pica, si no gana  
sucio papel pateando todo el día.

Que si el trigo subió, bajó la lana,  
es lo que le interesa; necio empeño:  
á ese le gusta lo que no es maicana.

Y á Víctor Hugo lee, que no á algún leño,  
á quien nosotros le llamamos astro;  
y es astro, sí, pero astro que da sueño.

Oigo decir: ¿Quién es el criticastro  
que osa injuriar así nuestro racimo  
intelectual? Contento, poetastro.

Nada te dije á ti; tú eres el mimo  
que imita de los otros las acciones  
buscando ansioso el provechoso arrimo.

Tú sabes atacar los corazones  
enhebrando palabras lisonjeras  
y pidiendo entre dientes patacones.

Diles que genios son, y que altaneras  
lleven sus frentes, por el cielo unguidas,  
que así como hay en Córcega voceras

Que siguen al cadáver compungidas  
y llenan de dolor, aunque ficticio,  
así á la vanidad, con tus fingidas

Indignaciones, sirves, es tu oficio.  
¿Por qué volvéis á la memoria mía,  
aunque plagiar así es puro vicio,

Recuerdos de Del Campo, Etcheverría,  
Martín Flerro y Andrade, que la gloria  
lograron de la patria poesía?

La rústica guitarra está en la historia,  
y versos en lunfardo vocífera,  
al son de un acordeón, un zanahoria.

Si una milonga se oye, es la *lungera*  
que el compadre mestizo, junto á un piano,  
silba contoneándose, en la acera. . .

Mas, criticando, se me va la mano,  
y tú no quedarías satisfecho  
si yo no me mostrase más humano.

Todas las penas cabea en mi pecho,  
y, huésped importuno, la alegría  
se va, encontrando su rincón estrecho.

Quise hacer para ti una poesía,  
y me salió una crítica; perdona  
el humor de mi musa dormilona.



## · XII

En la mullida yerba recostado,  
á través de las ramas de un nogal,  
veo del claro cielo  
la azul inmensidad.  
Del río la corriente cristalina,  
sobre las duras piedras, al pasar,  
acordes misteriosos  
encadenando va.  
Y las flores, que á impulsos de la brisa  
saludan á la luz primaveral,  
vertiendo sus perfumes  
al tibio ambiente están.  
Tu recuerdo me asalta, y de mi vista  
aléjase la azul inmensidad.  
Cual de divina imagen,  
tu cuerpo virginal  
Ingrávido en el aire me aparece.  
¡Oh, visión de la dicha celestial!  
Mis asombrados ojos  
ven el suave ondular  
de la fimbria en tu blanca vestidura,  
y como del rocío en un rosal,  
penden húmedas perlas,  
prontas á resbalar,  
de tus negras pestañas, que obscurecen  
de tus ojos el suave centellear.  
Tus cariñosas lágrimas  
hacen en mí brotar  
una emoción desconocida, inmensa,  
que inunda mis entrañas de ansiedad.

Tanta ternura en tu mirada leo,  
 tan claro veo tu amoroso afán,  
     que, presa en un momento  
     de la ilusión falaz,  
 abro los brazos, y tu hermoso cuerpo  
 pretendo, en mí locura, aprisionar.

.....

El pensar es sufrir.  
     ¡que dulce es el soñar!  
 Lejos de ti, mi corazón te llama.  
 y en alas de mi ardiente imaginar  
     vienes, y una increada  
     celeste claridad  
 aurora que tu imagen acompaña  
 ilumina mi triste soledad.



## XIII

## Los Rebeldes

Decidme: sangre limpia ¿quién la tiene?  
Con más ó menos glóbulos de hierro.  
todas allá se van: materia impura.  
Hay un proverbio así: Feliz quien pueda  
decir con fundamento: este es mi padre.  
¿Herencias? ¿ascendientes? Teorías  
que la lógica rompe á cintarazos.  
Un mi abuelo fué rey, si bien es cierto  
que otro de mis abuelos fué verdugo.  
Hay un santo también que hizo su nido  
en la copa de mi árbol genealógico;  
pero unas cuantas ramas más arriba,  
cuelga otro buen señor. que fué colgado,  
no simbólicamente: por bandido.  
En mis antepasados, ¿qué de mezclas!:  
alcohólicos habrá, también prudentes  
que agua clara tan sólo beberían,  
locos. sí: mas también hombres de juicio  
ricos y pobres. la fortuna es varia,  
y mujeres en todos los estados  
que imaginar pudiera un estadista.  
¿A quién debo citar. á los que lustran  
mi apellido. ó á los que lo desdoran?

¿á los que un nimbo ponen á mi nombre,  
ó á los que torpemente lo mancharon?  
Parientes son los unos y los otros,  
y el santo, y el verdugo y el bandido,  
anillos que forjó Naturaleza  
y encadenó el destino indiferente.  
¡El honor ante todo! Por divisa  
tienen campo de gules el infante  
del duque que triunfara en cien batallas. . .  
y procaz hace trampas en el juego.  
Aquel que necesidades balbucea  
con torpe lengua, es hijo del famoso  
orador que fué orgullo de su patria,  
y á este que ves aquí de viril porte,  
le persigue la sombra de su padre,  
que fué César en algo, y no en la guerra.  
Si hay fama merecida, ¿quién lo sabe?  
Troquel es la verdad, que el uso borra,  
y la casualidad huésped constante  
del repintado conventillo póstumo  
que llamamos historia. Los honores  
justicia pueden ser, también sarcasmo.  
Hay cruces al valor, también al miedo,  
y el retumbante título que otorga  
la carta de nobleza al hombre digno,  
sirve también para pagar al cómplice.  
Lo que soy, eso soy. El vil gusano  
transformado en pintada mariposa,  
despliega al sol su alada maravilla:  
con las galas encubre la vileza  
de su envoltura original: la larva.  
Miserables nacimos. Cada día  
tiene su afán, y es el dolor perenne.  
Si amenguar quieres el funesto sino,  
sé bueno, y nada más, que aunque otra cosa  
diga á tu oído el ancestral orgullo,  
tu vida empieza en ti, y en ti concluye.

## XIV

## A la Noche

¡Oh, noche! compañera de la ausencia  
en que gimiendo vivo.  
retén su imagen, su esplendor retrata;  
que el cadencioso ritmo  
de su paso, que el suelo apenas roza,  
acaricie mi oído,  
y de sus ojos negros, en que el cielo  
se refleja infinito,  
sienta en el fondo de mi alma el suave  
resplandecer divino.  
Evoca entre los pliegues de tus sombras  
su rostro peregrino,  
y el óvalo perfecto, la sonrisa  
en que el amor su nido,  
pasando de un hoyuelo al otro, busca  
con ánimo indeciso,  
preséntame; también su ebúrneo cuello,  
donde el marfil pulido  
hace que se resbale blandamente  
el áureo crucifijo  
pendiente del collar, que muelle sube  
su respirar dulcísimo;

y sus manos, sus manos adorables,  
 donde el suave tejido  
 de sus venas azules, finge un ramo  
 de violetas, de rosas y de lirios.  
 Así, cuando la imagen se aparezca  
 ante mis ojos fijos,  
 ¡qué de instantes felices!: mi memoria  
 hojeará en su libro.  
 en que todas las páginas más bellas  
 llevan su nombre escrito.



